

Día misionero en los monasterios de vida contemplativa

Celebración litúrgica - Noviembre

IGLESIA DIOCESANA, IGLESIA MISIONERA

Saludo

Dios Padre, que nos reúne por su Hijo Jesucristo en una sola Iglesia en el Espíritu Santo, esté con todos vosotros.

Monición de entrada

Desde el Concilio Vaticano II es cada vez más fuerte el convencimiento de que la responsabilidad misionera no es de unos pocos, sino de todo el Pueblo de Dios. Ningún cristiano ni ninguna comunidad religiosa pueden permanecer indiferentes ante las necesidades de la evangelización de tantas personas y pueblos.

Esta responsabilidad alcanza también, por supuesto, a las Iglesias locales, a las diócesis. Ellas deben abrirse a la dimensión universal que les es intrínseca y pueden ser, a través de múltiples iniciativas, un motor muy importante de la misión universal de la Iglesia.

En esta celebración oramos por nuestra Iglesia diocesana y por todos los que la formamos, cada uno según nuestro estado o carisma, para que todos juntos hagamos que sea y se manifieste como realmente universal y comprometida con las Iglesias más jóvenes.

Liturgia de la Palabra

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 1, 1-10

Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia de los tesalonicenses, que están unidos a Dios Padre y al Señor Jesucristo. Que Dios derrame su gracia y su paz sobre vosotros.

Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros y os recordamos en nuestras oraciones. Continuamente recordamos delante de nuestro Dios y Padre con cuánta fe habéis trabajado, con cuánto amor habéis servido y de qué manera vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo os ha ayudado a soportar con fortaleza los sufrimientos. Hermanos, Dios os ama y sabemos que os ha escogido. Pues cuando os anunciamos el Evangelio no fue solamente con palabras, sino también con manifestaciones de poder y del Espíritu Santo, y plenamente convencidos de nuestro mensaje. ¡Bien sabéis cómo nos portamos entre vosotros, buscando vuestro bien!

Por vuestra parte, seguisteis nuestro ejemplo y el ejemplo del Señor, y recibisteis el mensaje con la alegría que el Espíritu Santo os daba, aunque os costó mucho sufrimiento. De esta manera llegasteis a ser un ejemplo para todos los creyentes de las regiones de Macedonia y Acaya. A partir de vosotros, el mensaje del Señor se ha extendido, no sólo por Macedonia y Acaya, sino por todas partes; y es conocida vuestra fe en Dios, de modo que ya no es necesario que digamos nada. Al contrario, ellos mismos hablan de la visita que os hicimos, de lo bien que nos recibisteis y de cómo abandonasteis los ídolos para seguir al Dios vivo y verdadero y comenzar a servirle. También hablan de cómo estáis esperando que Jesús, el Hijo de Dios, a quien Dios resucitó, regrese del cielo. Jesús es quien nos salva del terrible castigo que viene.

Palabra de Dios.

R/ A toda la tierra alcanza su pregón.

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

Allí le ha puesto su tienda al sol:
él sale como el esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.

Asoma por un extremo del cielo,
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.

Evangelio

✠ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos

3, 13-19

Después subió Jesús a un cerro y llamó a quienes le pareció conveniente. Una vez reunidos, eligió a doce de ellos para que le acompañasen y para enviarlos a anunciar el mensaje. Los llamó apóstoles y les dio autoridad para expulsar a los demonios. Éstos son los doce que escogió: Simón, a quien puso por nombre Pedro; Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo, a los que llamó Boanerges (es decir, “Hijos del Trueno”); Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás y Santiago hijo de Alfeo; Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote, el que traicionó a Jesús.

Palabra del Señor.

Ideas para la homilía

La Iglesia es una gran familia, la familia de todos los hijos de Dios. Jesús ha fundado la Iglesia para que sea en medio del mundo una luz que ilumine fuertemente la conciencia de los hombres y los llame a la conversión para que amen a Dios como Padre y se amen entre sí como hermanos. La Iglesia, pues, es la gran familia de los hijos de Dios, donde se vive como algo esencial el doble mandamiento del amor que nos dejó Jesús: el amor a Dios y el amor al prójimo (*Deus caritas est* 14-15).

La Iglesia diocesana debe reflejar la realidad de la Iglesia-familia. Sabiéndose parte de la familia que es la Iglesia universal y siendo ella misma familia. La Iglesia universal está verdaderamente presente en cada una de las Iglesias locales como porción del Pueblo de Dios que peregrina en un determinado lugar. Por eso, la Iglesia diocesana se sabe parte esencial de la Iglesia universal, parte de una gran familia, y, a su vez, ella misma es una familia. En la diócesis se debe vivir las características propias del ser familia de los hijos de Dios: la escucha de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la acción caritativa hacia los más necesitados, así como la labor misionera hacia los que no conocen a Jesucristo.

La Iglesia diocesana pertenece a la gran familia universal. Todas las actividades de la Iglesia local tienen dimensión universal y, por eso, la diócesis debe también abrirse conscientemente a las demás Iglesias y a la Iglesia universal. Esto no es una exigencia o un añadido a sus objetivos y planes pastorales diocesanos; es algo connatural con su ser Iglesia local, presencia viva de Jesucristo en el mundo. La Iglesia local vive en sintonía con el mandato evangelizador universal que Jesús encomendó a la Iglesia y tiene su parte de responsabilidad en que el Evangelio llegue a todos los hombres. Si en la diócesis está viva la conciencia de pertenecer a la gran familia de los hijos de Dios y de toda la humanidad, se abrirá espontáneamente a las necesidades de tantas personas y de tantos pueblos y se ofrecerá a colaborar con generosidad económica y material, pero también personal y humana, con ellas en cualquier parte del mundo. La Iglesia local vive inserta en la Iglesia universal y contribuye, muchas veces desde su propia pobreza, a que ésta sea y se manifieste cada vez más como una familia universal.

Las comunidades cristianas vivas han sido siempre misioneras. De hecho, la historia es testigo de que la fe en Jesús se ha extendido a lo largo y ancho del mundo por



la conciencia misionera no sólo de cristianos individuales, sino de comunidades cristianas vivas y activas en su compromiso con los demás. Desde sus inicios la actividad misionera de la Iglesia ha sido fruto de iniciativas evangelizadoras que han promovido las propias comunidades cristianas. El misionero es un enviado por parte de la Iglesia, no sólo de la universal, sino también de su Iglesia local de pertenencia. La diócesis realiza a través de sus misioneros su dimensión universal; son ellos los que hacen que ésta viva de forma concreta su celo evangelizador universal y su preocupación por las necesidades de todos los hijos de Dios en el mundo. Y, a su vez, los misioneros aportan a sus respectivas Iglesias locales la riqueza de su espíritu y su experiencia misionera.

Gesto

Presentar la memoria de actividades de la Delegación Diocesana de Misiones y de las Misiones Diocesanas (si las hay) y leer algún breve testimonio de un misionero de la diócesis.

Testimonio

La diócesis de Kandy está situada en las montañas de Sri Lanka. Los católicos viven dispersos en una región en la que domina la religión budista. Antes era difícil que la gente se interesara por la Iglesia, pero desde 1995 soplan nuevos vientos para el obispado. El obispo Vianney Fernando confirió a Milroy Fonseka, un joven sacerdote, la misión de poner en práctica el programa AsIPA en su obispado. (AsIPA es un programa pastoral promovido desde Alemania por Missio para la formación de Iglesias locales vivas, basándose en las “Pequeñas Comunidades Cristianas”; comenzó en los años 70 en África y se extendió después a Asia). Desde entonces el sacerdote visita las parroquias y gana seguidores para las Pequeñas Comunidades Cristianas. Hasta ahora ha cosechado grandes éxitos.

–¿Cómo empezó a organizar las Pequeñas Comunidades Cristianas?

–Vianney Fernando, nuestro obispo, oyó hablar del programa AsIPA durante una sesión de la Conferencia Episcopal Asiática. Este programa pastoral, que se basa en profundas raíces espirituales, le fascinó. Por eso me encomendó dirigir el programa en nuestra diócesis. En un principio nos dedicamos durante todo un año a introducir el programa entre los cristianos. De este modo conocieron una nueva dimensión de la “Iglesia” y experimentaron que ellos mismos son la Iglesia.

–¿Tuvieron dificultades para introducir el programa?

–No, al principio invertimos mucha energía en informar a la gente. Para nosotros era muy importante que fueran conscientes de la situación de la Iglesia en Sri Lanka; de la falta de nuevas ideas, de que cada vez iba menos gente a la iglesia, también de la responsabilidad de los cristianos practicantes respecto al resto de la población... Cuando la gente se dio cuenta de que la Iglesia calla ante cuestiones importantes, vieron la importancia del programa pastoral.

–¿Cuántas Pequeñas Comunidades Cristianas existen actualmente en la diócesis de Kandy?

–En cuatro años se han creado más de 700 Pequeñas Comunidades Cristianas. La mayoría de ellas son muy activas.

–¿En qué sentido han afectado las Pequeñas Comunidades Cristianas a la Iglesia en la diócesis de Kandy?

–Muchos cristianos se han dado cuenta de que ellos mismos son la Iglesia. Hoy en día viven como comunidades cristianas. Entre ellos se ha desarrollado un sentido de la responsabilidad y de hermandad; por eso son capaces de compartir sus vidas. La fe también se ha desarrollado de una manera distinta en las Pequeñas Comunidades Cristianas. Siempre hay alguien que viene a contarme cómo ha experimentado a Dios de un modo nuevo. El gran aumento de asistentes a misa nos ha demostrado que soplan nuevos vientos para la Iglesia. Antes venía a la misa del domingo un 35 por ciento de los católicos de la diócesis. Actualmente casi se ha doblado esa cifra; en muchas comunidades asiste a la celebración de la Eucaristía entre el 60 y el 70 por ciento de los católicos.

–¿Qué diferencia hay entre las comunidades básicas de antes y las Pequeñas Comunidades Cristianas que se forman actualmente?

–Las comunidades básicas se ocupaban sobre todo de la situación social. Organizaban programas sanitarios, de abastecimiento de agua, electricidad, etc. Al principio muchos de esos grupos tenían éxito, pero llegó un momento en que perdieron energía. Poco a poco las comunidades se fueron disolviendo. Las Pequeñas Comunidades Cristianas tienen como premisa la Palabra de Dios. A partir de ella se desarrollan y crecen lentamente. Cuando estas comunidades se enfrentan a problemas sociales, buscan soluciones entre todos.

–Compartir la Biblia es el punto principal en las reuniones de las Pequeñas Comunidades Cristianas. ¿Cuál es la diferencia entre compartir la Biblia con meditación y las prácticas de oración de antes?

–Antes se repetían muchas oraciones escritas y la gente se cansaba de recitar los mismos textos. Compartir la Biblia es algo mucho más vivo. Las oraciones se formulan espontáneamente y a la gente le entran ganas de leer la Biblia. Así llegan a conocer la Buena Nueva y experimentan cómo las oraciones les salen del corazón. Como dice San Juan en su prólogo, Dios se acerca a nosotros con la oración, su Palabra se convierte en carne y así vive entre nosotros.

–El programa AsIPA ¿puede enriquecer también a la Iglesia en otros continentes?

–Estoy convencido de que este programa pastoral también puede modificar la imagen de la Iglesia en otros contextos culturales. Las raíces de este programa hay que buscarlas en África, en Asia se ha seguido desarrollando y en Europa las Pequeñas Comunidades Cristianas también pueden dar nuevos frutos a la Iglesia.

Preces

Presentemos nuestra oración a Dios, Padre de todos los hombres, para que nos haga más fieles discípulos de Jesús y mensajeros de su Evangelio. Digámosle:

R/ Venga a nosotros tu Reino, Señor.

– Por el Papa y los obispos, para que en Jesús encuentren el modelo de su acción pastoral universal a favor de toda la Iglesia y de todos los hombres y pueblos. *Oremos.*

– Por los creyentes en Cristo, para que la celebración de la Eucaristía, que ilumina plenamente el sentido de misión, nos anime a darnos y a compartir la vida con nuestros hermanos. *Oremos.*

– Por los que tienen responsabilidades en el gobierno de las naciones, para que promuevan la verdadera solidaridad con los más pobres, necesitados y sufrientes, contribuyendo a saciar su hambre de amor y su sed de justicia. *Oremos.*

– Por los misioneros que se encuentran en países donde no es fácil la evangelización, para que Dios les dé la fuerza necesaria y puedan seguir anunciándolo allí donde están. *Oremos.*

– Por las vocaciones misioneras, en cualquier estado de vida eclesial, para que haya hombres y mujeres que, sin miedo, se consagren totalmente a Cristo y a la misión de evangelizar, y se hagan ellos mismos “cristos” para los demás. *Oremos.*

Padre lleno de amor que nos repartes tus dones a manos llenas, te pedimos que nos concedas colaborar con la misión evangelizadora de la Iglesia para que todos los hombres del mundo participen de tus dones. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo y nuestro Señor. Amén.

Colecta

La colecta de esta celebración se puede destinar a los misioneros de la diócesis, o a algún proyecto misionero que tenga la diócesis, o a las Misiones Diocesanas (si las hay).

Compromiso misionero

La diócesis será misionera si cada uno de los que la componen y las comunidades, familias y parroquias que en ella hay lo son. Por eso, el mejor compromiso misionero que se puede asumir en este día es hacer que en el entorno cristiano en que cada uno se mueve crezcan la conciencia y la responsabilidad misioneras. Las posibilidades son muchas: grupos misioneros en las parroquias, colaborar con la Delegación Diocesana de Misiones, difundir las revistas de las Obras Misionales Pontificias, participar en los encuentros de formación, charlas o actividades misioneras...; incluso querer colaborar personalmente por un tiempo con un misionero.